«Trabajo con fibras, hilos, cuerdas, madera. Con ellos trato de lograr dos propósitos.

»Comunicarme con mis semejantes a través de texturas, formas y valores.

»Producir una obra concreta que exprese por la mejor vía de que soy capaz, mis más profundos y auténticos sentimientos de alegría y temor, frustración y placer.

»Creo profundamente en la relación entre el ser humano y la tierra a la que de una u otra manera pertenece o sobre la que transita. Gentes, paisajes y animales: formas, colores, vegetales; todo deja impreso en lo más hondo de nosotros un universo mágico y mítico.

»Este es el mundo que intento dejar fluir al comenzar cada nueva pieza.

»A veces la vitalidad y la alegría producen estallidos de color y las fibras lo expresan libremente.

»Otras, las vibraciones se vuelven íntimas y un tanto secretas.

»Creo que la creación es un acto mágico del que no somos más que colaboradores conscientes unas veces y simples intermediarios otras.»

Esta es quizá la grandeza y la importancia de esta nueva tapicería que transforma absolutamente la ortodoxia impuesta por varios siglos de tradición tapicera. Reduciendo la distancia entre el tapiz de alto y de bajo lizo, cambiando el concepto y el contexto de cartón y la idea de creación pautada, el tapiz ha conquistado su tercera dimensión y puede incluso llegar a definir el misterio y la incógnita de una cuarta dimensión. Sustituyendo la superficie cromática inerte, el tapiz capitanea el espacio en que se inserta, define el entorno y realiza una oferta de formas para que el arquitecto de nuestros días pueda incorporar a sus creaciones magia, comunicación y arte a través de las concepciones textiles.—*RAUL CHAVARRI* (Instituto de Cultura Hispánica. Avda. Reyes Católicos. MADRID-3).

LOS ORIGENES DE SAN MANUEL BUENO, MARTIR

Varias han sido las fuentes de las cuales se han querido ver brotar los «enigmáticos problemas» de *San Manuel Bueno, mártir* (1). Solamente en el artículo de Eleonor K. Paucker, «San Manuel Bueno,

(1) Véase John V. Falconieri: «The Sources of Unamuno's 'San Manuel Bueno, mártir'», «Romance Notes» V (1963), 18: «It is a marvel that such a little novel could emanate from as many sources as those already proposed and others about to be proposed. Yet, well-con-

mártir: a possible source in Spanish American Literature» (2), se han señalado tres posibles fuentes: 1) *Reminiscencias Tudescas,* del colombiano Santiago Pérez Triana; 2) *Robert Elsmere,* novela de Humphrey Ward; 3) *Le Pere Hyacinthe,* biografía de Pierre Houtin.

Sánchez Barbudo insiste en el vicario saboyano del *Emile,* de Rousseau (3), aspecto que trata con cierta prudencia dados los pocos puntos de contacto entre los dos personajes.

José Alberich nos obsequia con otra posibilidad de Browning (4). Más bien que explicar la novela de Unamuno, esta nueva fuente parte de la discutida interpretación de la fe de don Manuel: «Según indicábamos al principio, *San Manuel Bueno* sólo presenta una coincidencia inicial con Bishop Blougram's Apology: en ambas obras se trata de ministros de la Iglesia que ocultan su incredulidad y persisten en su ministerio. Todo lo demás es diferente» (5). Dicha posibilidad se autoelimina, si es que no podemos atribuir tal característica a don Manuel.

A las propuestas anteriores, Falconieri añade tres más: 1) Un texto del *Enten-Eller* de Kierkegaard, citado por Unamuno en el prólogo a *San Manuel Bueno, mártir;* 2) *Björnstjerne Björnson,* «Detrás de lo humano», publicada en *Modern Continental Plays* (New York, 1929); 3) *La fe,* de Armando Palacio Valdés (6). Tal vez su más importante testimonio sea el reconocer que en el caso de *San Manuel Bueno, mártir,* muchas de las fuentes en lugar de contribuir al conocimiento de la novela, nos apartan más de ella (7). Pero sus sugerencias no parecen haber sido tenidas en cuenta por los críticos. Ricardo Gullón busca paralelos entre *San Manuel* y *El Maestro de Carrasqueda* (8).

Ciríaco Morón Arroyo concluía y analizaba la situación en 1964: «Ocho fuentes distintas se han señalado como posibles bases de inspiración de *San Manuel Bueno, mártir.* Comparadas estas fuentes con el contenido de la novela, es obligado concluir que a lo sumo han

---

sidered, this is a credit to the esthetic force of the enigmatic faith, the concept of theism, reason vs faith... It leaves one with such tantalizing sensations that it impels critics to seek its source in the belief that it will unravel all.»

(2) «Hispania», XXXVII (1954), 414-416.

(3) «Estudios sobre Unamuno y Machado» (Madrid, Ediciones Guadarrama, 1959), páginas 161-167.

(4) «El obispo Blougram y San Manuel Bueno. Divergencias sobre un mismo tema, «Revista de Literatura», XV (1959), 90-94.

(5) Ibid., p. 92.

(6) Artículo citado, pp. 20-21.

(7) Ibid., p. 21.

(8) «Autobiografías de Unamuno» (Madrid, Gredos, 1964), p. 352.

podido sugerir el protagonista y el tema, pero de una manera imprecisa» (9).

Basado en la fe de don Manuel, o falta de ella, también Santiago Luppoli encuentra un nuevo punto de contacto en su artículo *Il Santo,* de Fogazzaro, y *San Manuel Bueno,* de Unamuno (10). En conformidad con su fuente se verá en la necesidad de transformar la fe de don Manuel: «También se sustituye la Revelación por inspiraciones, visiones, o imaginaciones que responden a estados sentimentales o histéricos. Los motivos que mueven a defender en nuestros protagonistas la necesidad de la fe son de orden puramente material o utilitarista, ya que no creen en la vida eterna ni en lo sobrenatural» (11).

Más bien que asignar una fuente a *San Manuel Bueno, mártir,* Eleazar Huerta trata de excluir una en particular. Tras haber acentuado el origen bíblico de ciertas novelas de Unamuno, como el Génesis para *Abel Sánchez,* continúa especificando: «Con todo, hay novelas como *San Manuel Bueno* y breves relatos cual *Una historia de amor,* que provienen de otra cantera y siguen un peculiar proceso de concepción» (12). La nueva cantera para la primera de estas obras sería San Martín de Castañeda, tal como indica Unamuno en el prólogo.

Si nos hemos de empeñar en buscar una fuente que explique la novela, aquélla debe ser sin duda compleja si ha de responder a los múltiples aspectos de la obra. En todo caso, o no podemos limitarnos a una fuente, si la hay, o ésta ha de explicar los más aspectos posibles de la obra. En el caso de *San Manuel Bueno, mártir,* creo podemos contar con una fuente que explica la artística novela en su totalidad. Esta fuente es la biblia. A base de ella podremos hacernos también una idea de la fe de don Manuel, pues la fuente a que aludimos es utilizada con un plan preconcebido y muy bien trazado en las páginas de la corta narración.

Una de las primeras evidencias con las que se encuentra el crítico o lector de *San Manuel Bueno, mártir,* es la insistencia en la semejanza o casi identificación entre don Manuel y Jesucristo. El novelista nos lo deja saber ya desde el principio: «Y cuando el día primero de año iban a felicitarle por ser el de su santo —su santo patrono era el mismo Jesús Nuestor Señor—, quería don Manuel que

---

(9) «San Manuel Bueno, mártir, y el 'sistema' de Unamuno», en «Hispanic Review» XXXII (1964), 227.

(10) «'Il Santo' de Fogazzaro y 'San Manuel Bueno' de Unamuno», en «Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno», XVIII (1968), 49-70.

(11) Ibid., p. 66.

(12) «Unamuno novelista», en «Unamuno» (Universidad de Chile, Departamento de Extensión Cultural, 1964), p. 135.

todos se le presentasen con camisa nueva» (pág. 1.131) (13). Más adelante, vuelve a recordar que los feligreses, al oír a don Manuel, «era como si oyesen a Nuestro Señor Jesucristo mismo, como si la voz brotara de aquel viejo crucifijo» (pág. 1.132). También se menciona el influjo ejercido por «el santo varón evangélico» (pág. 1.138), hasta tal punto que Lázaro «se estremeció creyendo oír la voz de Don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo» (pág. 1.141). Partimos, pues, ya del hecho de que don Manuel, tanto en sus orígenes («su santo patrono»), como por su voz o actividad, es el protagonista, de la imagen de Jesucristo. Nuestra tarea consistirá en indagar si estas intenciones iniciales se mantienen constantes a lo largo de la novela. El hallazgo nos dará el interesante resultado de que la proyección inicial se desarrolla hasta cierto punto, y luego parece desvanecerse. Cuando esto tenga lugar, Unamuno introducirá otro prototipo bíblico, no Cristo, sino Moisés, y la novela tendrá otra perspectiva. Mas dejemos ya que el lector considere por su cuenta cada uno de los textos. En primer lugar, traeremos a colación los del San Manuel evangélico:

San Manuel (pp. 1130-31):

«¡Y cómo quería a los suyos! Su vida era... consolar a los amargados y atediados y ayudar a todos a bien morir.»

San Juan 11, 3 y 5:

«Señor, he aquí el que amas está enfermo.

Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro.»

Es bien significativo que el primero de los textos bíblicos nos resulte precisamente el que se refiere a Betania, que es el escenario de donde se saca la manera de actuar de don Manuel, el don Manuel evangélico. Pero los paralelos continúan:

San Manuel (p. 1131):

«Y era tal la acción de su presencia, de sus miradas, y tal sobre todo la dulcísima autoridad de sus palabras y sobre todo de su voz —¡qué milagro de voz!—, que consiguió curaciones sorprendentes.»

San Lucas 7, 7; 5, 15:

«Di la palabra, y mi siervo será sano.

Y se reunía mucha gente para oírle, y para que les sanase de sus enfermedades.»

En otra ocasión, interpreta la escena de las bodas de Caná con el humor de don Manuel:

---

(13) «Obras Completas» (Madrid, Escelicer, S. A., 1967), II. En adelante citamos por esta edición.

San Manuel (p. 1131):

«Y alguna vez llegó una madre pidiéndole que hiciera un milagro en su hijo, a lo que contestó sonriendo tristemente:

—No tengo licencia del Señor Obispo para hacer milagros.»

San Juan 2, 1 y 3-4:

«Se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús.

Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora.»

La objeción de don Manuel a la efectuación del milagro es bien parecida a la del Evangelio en cuanto no se dudaba en ambos personajes el poder de hacer milagros, sino tan sólo se expresa en términos la conveniencia de ello. Unamuno estaba bien al tanto de la interpretación que dieron a dicho relato los Padres de la Iglesia.

En otra ocasión, se mete con la justicia citando textualmente a su modelo:

San Manuel (p. 1132):

«La justicia humana no me concierne. 'No juzguéis para no ser juzgados, dijo Nuestro Señor'.»

San Juan 18, 36:

«Mi reino no es de este mundo.»

San Mateo 7, 1:

«No juzguéis, para que no seáis juzgados.»

San Manuel (p. 1132):

«Comprendido; dé usted, señor juez, al César lo que es del César, que yo daré a Dios lo que es de Dios.»

San Mateo 22, 21:

«Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.»

Si en lo que decía don Manuel reproducía lo de Cristo, lo mismo sucedía con la impresión que daba al pueblo:

San Manuel (p. 1132):

«En el pueblo todos acudían a misa, aunque sólo fuese por oírle y por verle en el altar, donde parecía transfigurarse encendiéndosele el rostro.»

San Mateo 17, 2:

«Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol.»

De nuevo nos encontramos con otra frase que da más que nada a entender el espíritu o comentarios atribuidos de ordinario a un texto particular del Evangelio:

San Manuel (p. 1133):

«Escribía muy poco para sí, de tal modo que apenas nos ha dejado escritos o notas.»

San Juan 8, 8:

«E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra.»

Este texto, que a primera vista parecería contener divergencias textuales, es uno de los que más se pueden aplicar. La frase evan-

gélica, en efecto, ha sido interpretada como prueba de lo poco o nada que Cristo ha dejado escrito en contraste con su enorme labor para con la Humanidad. Don Manuel tampoco será famoso por su ciencia o escritos. En cambio, aparece como el elemento transformador de los personajes de su entorno y de todos los habitantes de Valverde.

La misión de don Manuel era la misma que había sido vaticinada por Cristo:

San Manuel (p. 1135):
«Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo. ¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?»

San Lucas 1, 76, 77, 79:
«Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado;
Para dar conocimiento de salvación a su pueblo;
Para encaminar nuestros pies por camino de paz.»

San Manuel vuelve a dar cumplimiento a este texto bíblico cuando, más adelante, se dice que no obraba por «arrogarse un triunfo», sino que lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión... «de los que le están encomendados» (pág. 1.141).

En su actitud para con los allegados y en lo que esperaba de ellos, también se parece bastante a su modelo:

San Manuel (p. 1136):
«—Hola, la hija de la Simona —me dijo en cuanto me vio—. Ahora a prepararte para darnos otra familia.»

San Mateo 16, 17, 18:
«Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás...
Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi ***Iglesia.»***

Hay algunas ocasiones en que la cercanía entre los textos es tal sin que por otra parte se citen directamente, que el novelista se ve en la obligación de determinar a quién se refiere. Tal sucede, por ejemplo, cuando se ve obligado a especificar la madre de don Manuel:

San Manuel (pp. 1136-37; 1146-47):
«Al clamar él en la iglesia las palabras de Jesucristo: '¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?, su madre, la de don Manuel, respondió desde el suelo: '¡Hijo mío!', y oí este grito que desgarraba la quietud del templo.»

San Mateo 24, 26:
«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»
San Juan 19, 25:
«Estaban junto a la cruz de Jesús su madre...»
San Mateo 27, 51:
«Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.»

En este caso no solamente se corresponden las palabras, sino las imágenes del escenario. Su madre «respondió desde el suelo», al igual que la de Jesús «junto a la cruz». El hecho de que conozcamos la historia personal del «¡Hijo mío!» en Unamuno, no quita ninguna fuerza a este paralelo. Angela, a su vez, desempeña el papel de evangelista: «Y oí este grito».

El comportamiento de Lázaro con don Manuel es asimismo muy semejante a la de otro indiano, en este caso un rico de Palestina, que ardía en el deseo de conocer a Jesús. Veamos algunas frases aunque demasiado resumidas:

San Manuel (p. 1139):

«Lázaro, por su parte, ardía en deseos —me lo dijo luego— de oírle don Manuel, de verle y oírle en la iglesia, de acercarse a él y con él conversar, de conocer el secreto de aquel su imperio espiritual sobre las almas.»

San Lucas 19, 2, 3, 4, 5, 6:

«Un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, procuraba ver quién era Jesús... Subió a un árbol sicómoro para verle...

Jesús le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pase yo en tu casa. Entonces él descendió a prisa, y le recibió gozoso.»

La oración de don Manuel es la misma que la de Cristo:

San Manuel (p. 1140):

«¡En tus manos encomiendo mi espíritu —rezó el santo varón.»

San Lucas 23, 46:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Muchas veces la novela condensa en una descripción varios pasajes de la biblia, dando a ver con ello cómo don Manuel quería reflejar aquel espíritu en su totalidad:

San Manuel (p. 1141):

«El pueblo, al ver llorar a don Manuel, lloró diciéndose: '¡Cómo le quiere!'.

Y entonces, pues era la madrugada, cantó un gallo.»

San Juan 11, 35-36:

«Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le quería.»

San Juan 18, 27:

«Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo.»

Este texto conecta dos episodios. El primero es el de la aldea de Betania donde Jesús resucitó a Lázaro y habla de la resurrección y la vida. Podría servirnos de clave para entender la «conversión» de Lázaro en la novela. El otro texto evoca un acontecimiento del que también se sirvió mucho el novelista. El amor del primero de los discípulos, Pedro, hacia su maestro Jesús no impidió la triple

negación a la que siguió el canto del gallo. El amor más declarado y la amistad más sincera no han podido eliminar la negación, así como el conocimiento más exacto de Dios por parte de Cristo se muestra compatible con la queja por parte de éste en el madero de la cruz. Estas dos notas serán las más destacadas en la fe de don Manuel. Y no estará demás añadir que ambas se refieren a momentos y a personas cumbres en la historia de la fe.

La novela nos da a continuación otro texto en apariencia enigmático, pero que también se sitúa a la base de las paradojas de una fe de adulto:

San Manuel (p. 1142):
«¡Bienaventurados los pobres de espíritu!»

San Mateo 5, 3:
«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

El adoctrinamiento que Lázaro recibe de don Manuel es no solamente evangélico, sino que va preparando la sucesión de su discípulo:

San Manuel (p. 1146):
«Ya sabes aquello de 'mi reino no es de este mundo'. Nuestro reino, Lázaro, no es de este mundo...»

San Juan 18, 36:
«Mi reino no es de este mundo.»

Reconoce con ello que su reino es el mismo que el de Cristo.

Al final se va identificando más y más con el maestro:

San Manuel (p. 1146):
«Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: 'Mi alma está triste hasta la muerte'».

San Mateo 26, 38:
«Entonces Jesús les dijo: Mi alma está triste hasta la muerte.»

Y un poco más adelante:

San Manuel (p. 1146):
«Y cuando dijo lo del Divino Maestro al buen bandolero —'todos los bandoleros son buenos'—, solía decir nuestro Don Manuel aquello de: 'mañana estarás conmigo en el paraíso'.»

San Lucas 23, 43:
«En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Los extractos de la oración del Señor seleccionados en la novela son también sumamente reveladores:

San Manuel (p. 1147):

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...; y no nos dejes caer en la tentación, amén.»

San Mateo 6, 9-10, 12:

«Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos...

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Y no nos metas en tentación... Amén.»

Don Manuel parece seguir el ejemplo del Maestro hasta el último instante de sus días:

San Manuel (p. 1146):

«¡Y cómo sonó entonces aquel: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?', el último que en público sollozó don Manuel!»

San Mateo 27, 46:

«Cerca de la hora novena, Jesús clamó en gran voz diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

Si se terminara aquí el relato novelesco, harían falta conocimientos de teólogo para comprenderlo del todo, pero la novela sería bien inteligible. Bastaría releer los textos citados para ver que Unamuno va entresacando los más vitales, que son también los más oscuros, de la vida de Cristo para dejar al descubierto las paradojas de la fe en un hombre que la tomó bien en serio. ¿Por qué se creyó el mismo Cristo abandonado? ¿Por qué estaba tan triste? ¿Por qué le negó Pedro después de las promesas más decididas de que tal no sucedería? ¿Por qué son bienaventurados los pobres de espíritu? ¿Por qué no nos contó Lázaro nada de la otra vida después de haber sido resucitado por Jesús? Estas y otras muchas preguntas forman parte de la misma esencia de la fe cristiana. Y también se sitúan en la base de la fe de don Manuel.

Pero lo curioso es que, ya a los pies de la tumba, todavía no nos deja en paz don Manuel confrontándonos con otro problema de la misma naturaleza. Se refiere a la época de cuando era niño y creía sin el apremio de las preguntas indicadas. Y luego añade: «Cuando me entierren, que sea en una caja hecha con aquellas seis tablas que tallé del viejo nogal, ¡pobrecito!, a cuya sombra jugué de niño, cuando empezaba a soñar... ¡Y entonces sí que creía en la vida perdurable!» (p. 1148). Y especifica de seguida que «para un niño creer no es más que soñar» (p. 1148). Así cree el pueblo muchas veces con una fe que nunca llega a madurar. A la fe del niño, del que sueña, se opone la verdadera, la del que la vive en toda su crudeza. Pero lo curioso es que la referencia a su fe de niño sirve para introducir el Antiguo Testamento que hasta ahora no jugaba gran papel en la fe de don Manuel. Ahora habla de su fe de niño

y también de cuando se callaba al rezar el credo. Y al mismo tiempo nos encontramos con otro escenario y otra figura bíblica cuya imagen va a reproducir don Manuel en adelante. Todos los textos bíblicos de que se hace eco la novela a partir de este momento son del Antiguo Testamento. El primero con que nos encontramos, además de las seis tablas relacionadas con su fe de niño, con la que quiere ser enterrado, es el de la duda de aquel que vio la cara a Dios:

San Manuel (p. 1148):
«Cuando los israelitas iban llegando al fin de su peregrinación por el desierto, el Señor les dijo a Aarón y a Moisés que por no haberle creído no meterían a su pueblo en la tierra prometida.»

Deuteronomio 32, 48, 49, 52:
«Y habló Yahvé a Moisés... mira la tierra de Canaán, que yo doy por heredad a los hijos de Israel... Verás, por tanto, delante de ti, la tierra; mas no entrarás allá, a la tierra que doy a los hijos de Israel.»

Empezamos, pues, con el tema de la duda (no el de la incredulidad). Desde este momento la figura bíblica es siempre la de Moisés:

San Manuel (p. 1148):
«Subió Moisés desde las llanuras de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Fasga, enfrente de Jericó, y el Señor le mostró toda la tierra prometida a su pueblo.»

Deuteronomio 34, 1:
«Subió Moisés de los campos de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Pisga, que está enfrente de Jericó, y le mostró Yahvé toda la tierra de Galaad hasta Dan.»

Y los ejemplos siguen multiplicándose:

San Manuel (p. 1148):
«Diciéndole a él: '¡No pasarás allá!', y allí murió Moisés y nadie supo su sepultura.»

Deuteronomio 34, 4, 5, 6:
«Yahvé le dijo: Esta es la tierra de que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: a tu descendencia la daré. Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá.
Y murió allí Moisés... y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy.»

Aun cuando estos textos se refieran todos a Moisés, hay una continuidad de tema: la duda por parte del líder espiritual y las consecuencias que esto implica. Con todo, don Manuel se mantiene consecuente con la figura bíblica que representa. Actúa ahora no como Cristo, sino como Moisés:

San Manuel (p. 1148):

«Y dejó por caudillo a Josué. Sé, tú, Lázaro, mi Josué, y si puedes detener al sol detenle.»

Deuteronomio 3, 28.

«Y manda a José, y anímalo, y fortalécelo; porque él ha de pasar delante de este pueblo, y él les hará heredar la tierra que verás.»

Josué 10, 12:

«Dijo (Josué) en presencia de los israelitas: Sol, detente en Galaán.»

Lo más significativo de todo ello es que en estos textos del Antiguo Testamento se encuentra la respuesta al enigma de la fe de don Manuel. Este se muere sin remedio y para siempre. Pero resulta, según estos textos, que tal cosa sólo pasaba a los que habían visto la cara a Dios; en otras palabras, a sus amigos más íntimos. Examínese el siguiente texto:

San Manuel (p. 1148):

«Como Moisés, he conocido al Señor, nuestro supremo ensueño, cara a cara, y ya sabes que dice la Escritura que el que le ve la cara a Dios..., se muere sin remedio y para siempre.»

Exodo 33, 20:

«Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá.»

La razón por la que se muere don Manuel no es porque esté lejos de Dios, sino porque se ha consumido en su fuego como en la zarza ardiente de Moisés. Por la misma razón murió Moisés, y con todo la escritura dice de seguida que «nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Yahvé cara a cara» (Deuteronomio 34, 10). Don Manuel ha conocido al Señor de ese modo, con la fe del adulto, y tiene que morir. Esto responde a una actitud tan peculiar como profunda de Unamuno con relación a la muerte: «Puesto que la muerte es el término natural de la vida, el camino natural de ésta es ir a aquélla, y su natural luz, la luz de su fin. Sólo se comprende la vida a la luz de la muerte. Prepararse para morir es vivir naturalmente» (14).

Es interesante también recordar que después de todos estos textos la novela nos vuelve al Nuevo Testamento para que no pensemos que se trata tampoco simplemente del Antiguo. Unamuno trata de integrar los dos en la fe del hombre. Nos encontramos, en efecto, con Blasillo junto a don Manuel y dando ocasión a que éste vuelva a actuar como «varón evangélico»:

---

(14) «Diario íntimo» (Madrid, Escelicer, S. A., 1970), p. 37.

San Manuel (p. 1149):

«Quería coger de la mano a Don Manuel, besársela. Y como algunos trataran de impedírmelo, Don Manuel les respondió diciéndoles:

—Dejadle que se me acerque. Ven, Blasillo, dame la mano:»

San Lucas 18, 15-16:

«Traían a él los niños para que los tocase; lo cual viendo los discípulos, les reprendieron. Mas Jesús, llamándoles, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis.»

La aclaración de Angela da la tónica final. Esta acaba por poner en práctica lo que le enseñó don Manuel, es decir, la salvación en el pueblo y con el pueblo. Evitaba con ello el concepto individualista y purista de la fe. El purista es el que elimina la duda y otros elementos humanos que forman parte de la encarnación de la fe. Angela acaba aceptando y confesando un desprendimiento personal a favor del pueblo como lo había expresado San Pablo a favor de Cristo. Pero si recordamos el significado que el mismo San Pablo daba a la Iglesia (Ecclesia) como cuerpo de Cristo, no hay mucha diferencia:

San Manuel (p. 1152):

«El me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea, y no sentía yo más pasar las horas, y los días, y los años, que no sentía pasar el agua del lago... No vivía yo ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí.»

Gálatas 2, 20:

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vive en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios.»

INTENTO DE EXPLICACION

La distribución de los textos bíblicos de la novela y el comentario con que los hemos ido acompañando nos muestran de qué se trata. Pero si nos resultaran insuficientes, contamos con otros textos que pueden contribuir a la explicación.

La primera aclaración, tal vez la más decisiva y clara, la hace el mismo Lázaro: «Porque hay, Angela, dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentaban, como inquisidores que son, a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra, y los que no creyendo más que en ésta...

—Como acaso tú... —le decía yo.

—Y sí, y como don Manuel. Pero no creyendo más que en este

mundo esperan no sé qué sociedad futura y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro...

—De modo que...

—De modo que hay que hacer que vivan de la ilusión» (p. 1150).

Estas frases resumen toda la novela. En conformidad con ellas hay dos extremos que evitar: 1) El del inquisidor que monopoliza la fe con su propio criterio, como sería el caso del purista religioso o más específicamente el escolástico; 2) El del comunismo ateo que ni siquiera da derecho a creer. Lázaro propone la solución del término medio: que «vivan de la ilusión», dando a entender con la expresión la tensión inevitable del equilibrio entre dos fuerzas contradictorias que martirizó a don Manuel. Obsérvese también que de los «puristas» se dice que están «convencidos». Lo contrario tiene que incluir la duda, pero no la falta de fe o ateísmo. Don Manuel se nos presenta como el cura de la religión frente a la teología: «Poca teología, ¿eh?, poca teología; religión, religión» (p. 1150). ¿No da esto a entender que para él la teología ya había dejado de ser religión? En este caso tendremos que esperar una confesión de fe bien distinta, en apariencia, de las formulaciones escolásticas. Esto es lo que ha confundido a mucha gente.

Unamuno nos ha dado también su explicación en una carta del 31 de mayo de 1934 a Mme. Emma Henri Clouard, traductora de *San Manuel Bueno, mártir* al francés: «El Dios histórico, cargado de sales de siglos, es como el agua de la mar, impotable, y el Dios destilado, teológicamente puro, el de los tomistas —como ese archipedante de Maritain— es, como el agua destilada, impotable también. Con ambos se muere uno de sed» (15). San Manuel agoniza (no se olvide la etimología griega de esta palabra) entre el Dios griego de la teodicea y el Dios histórico de Valverde de Lucerna, impotable el primero por estar demasiado «destilado» e impotable el segundo porque tiene demasiada sal «de siglos». Con ambos se muere de sed, es decir, se muere en la búsqueda de la fe evangélica. Es una lástima que Carlos Solórzano no haya desarrollado este aspecto de la fe de don Manuel que, por otra parte, dejó plasmado en una frase tan escueta como exacta: «Para Unamuno a la fe se llega por vía de *negación*. Y ésto sólo se da en San Manuel: negación de una fe y de la otra, para quedar en el medio con la fe» (16).

Don Manuel no explica al pueblo esta complicación de lujo que él lleva dentro. ¿Para qué, si no va a entender? «El pueblo no entiende

(15) Citado por Manuel García Blanco en «Obras Completas» (Madrid, Afrodisio Aguado, 1958), XVI, p. 82.

(16) «Espejo de Novelas» (México, 1945), p. 104.

de palabras; el pueblo no ha entendido más que vuestras obras. Querer exponerles eso sería como leer a unos niños de ocho años unas páginas de Santo Tomás de Aquino... en latín» (p. 1151). El pueblo sólo entiende de obras. Y la teología se le presentaría como un palabrerío de Santo Tomás en latín. Como en la novela don Manuel está siempre expuesto a ser mal entendido por el pueblo, no se nos aclara del todo este aspecto teológico. Tampoco quiere Unamuno caer en algo parecido al tomismo y volver a destilar la idea de Dios. Es consciente de este peligro cuando hacer decir a don Manuel en cierta ocasión: «¿Y esto no es teología?» De todos modos la idea de la fe de don Manuel se deja ver con la suficiente claridad. Tenía que mostrar la fe con obras y éstas no pueden ser tan puras como los principios escolásticamente elaborados por Santo Tomás. Según este teólogo, en la fe no puede entrar la duda en cuanto al objeto. Pero ¿cómo explicar entonces las quejas de Cristo que la novela no se cansa de repetir? ¿Cómo explicar la duda de Moisés que no le permitió entrar con su pueblo en la tierra prometida? ¿Cómo explicar la fe de Moisés? San Manuel se queda en las obras incluyendo necesariamente en ellas esta duda. Estas obras son las que recibía el pueblo. Con ellas transformó a todos los que cayeron bajo su radio de acción: «Mi buena madre apenas si me contaba hechos o dichos de mi padre. Los de don Manuel, a quien, como todo el pueblo, adoraba, de quien estaba enamorada —claro que castísimamente—, le habían borrado el recuerdo de los de su marido» (p. 1129).

Los personajes más allegados al protagonista han llegado con su fe al nivel de don Manuel. Lázaro, interrogado por su hemana sobre el contento de vivir, contesta con la experiencia de Moisés: «Eso para otros pecadores, no para nosotros, que le hemos visto la cara a Dios, a quienes nos ha mirado con sus ojos el sueño de la vida» (p. 1150). La novela evidentemente no quiere resolver lo que tampoco la biblia ha dejado en claro sobre la muerte de los que han visto la cara de Dios. Pero eso era precisamente lo que buscaba Unamuno, enigmas verídicos en oposición a una idea de fe demasiado simplificada. Angela, cuando le llega el momento de describir su transformación, se expresa con la misma ambigüedad: «Yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé —o mejor, lo que soñé y lo que sólo vi—, ni lo que supe ni lo que creí» (p. 1152). Esta confesión de fe no es escolástica. Pero ¿deja por ello de ser fe?

Y por fin le llega el turno al autor, que también incluye su explicación. En primer lugar Unamuno no duda de que la paradoja de

San Manuel sea algo bien real: «De la realidad de este San Manuel Bueno, mártir, tal como lo ha revelado su discípula e hija espiritual Angela Carballino, de esta realidad no se me ocurre dudar. Creo en ella más que creía el mismo santo; creo en ella más que creo en mi propia realidad» (p. 1153). La fe de don Manuel revestía para Unamuno un realismo tal que superaba al de la conciencia que uno pueda tener de ella y de la existencia propia. A la misma conclusión llegó también Angela: «Mi conciencia... ¿Para qué tenerla ya...?» (página 1152). Si el realismo de don Manuel es más fuerte que la conciencia que ella tenía de la fe, ¿para qué tenerla? Con esta misma lógica lo llama «varón matriarcal» porque la hizo sentir lo que pertenece a los mismos fundamentos de la existencia. Esto lo consigna ya Angela al principio de la novela: «Quiero dejar aquí consignado, a modo de confesión y sólo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entrañada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío, el de Angela Carballino» (p. 1129). Al final volverá a reconocer que este varón «nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida» (p. 1152). Y, por fin, termina con su explicación: «Creo que don Manuel, que mi San Manuel y que mi hermano Lázaro se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada» (p. 1152).

Resulta para mí incomprensible que Carlos Blanco Aguinaga llegue a afirmar que ninguno de los personajes resuelve el enigma: «No poseemos el secreto de la vida de don Manuel (¿es acaso "San Manuel"?); tampoco lo posee Angela, a pesar de que su nombre significa mensajera de Dios; ni tampoco Miguel de Unamuno, el descubridor del documento cuyo nombre, Miguel, significa "¿quién como Dios"?» (17). Angela, en efecto, explica, dentro de lo que cabe en el género, el contenido de su mensaje. Y lo mismo hace Unamuno e incluso Lázaro.

No estaría demás mencionar también algunos de los epítetos dados en la novela a la labor de don Manuel. No se dice allí que éste haya sido incrédulo o injusto. Pero se hace una referencia directa a «su verdad», su «piadoso fraude», «su divino, su santísimo juego» (p. 1152).

Y no olvidemos lo que se encuentra precisamente conectado con el significado de don Miguel. Unamuno recuerda al lector, en su mensaje final, cómo su «celestial patrono, San Miguel Arcángel

(17) «Sobre la complejidad de 'San Manuel Bueno, mártir', novela», en «Nueva Revista de Filología Hispánica», XV (1961), 587.

—Miguel quiere decir "¿Quién como Dios?", y Arcángel archimensajero—, disputó con el Diablo —Diablo quiere decir acusador, fiscal— por el cuerpo de Moisés y no toleró que se lo llevase en juicio de maldición, sino que le dijo al Diablo: "El Señor te reprenda"» (p. 1153). Y para que el lector no olvide fácilmente esta explicación clave, el autor añade: «Y el que quiera entender, que entienda» (p. 1153), otra de las frases tomadas directamente del evangelio. La aclaración no puede ser más expresiva. Se puede resumir de esta manera: Don Manuel hizo suya la supuesta duda o queja de Cristo en la cruz, integrando también la duda de Moisés en cuanto a la tierra prometida.

Pero ¿fueron Cristo o Moisés condenados por ello? Del «mayor de los Santos» no hace falta dar explicación. De Moisés, en cambio, se dice explícitamente que San Miguel Arcángel «no toleró que se lo llevase en juicio de maldición». Se salvó, pues, en su fe. Y lo mismo sucede con don Manuel.

No nos extrañe, por lo mismo, añade Unamuno, «que se llame novela al Evangelio» (p. 1154), dando a entender que le parece muy verídicamente reflejado en el protagonista de la novela. Confío en que tras el estudio de las fuentes y las consiguientes reflexiones, quede aclarado el enigma de San Manuel.

Tan sólo nos resta añadir algunas reflexiones sobre la metodología e ideología utilizadas. Unamuno hizo en esta novela algo muy concreto de la fe. Tal era su método como lo fue para otros existencialistas. Kierkegaard dice en una página de su diario: «Lo que importa es encontrar una verdad que sea verdad para mí; encontrar una idea por la cual yo pueda vivir o morir» (18). Para Unamuno esta «idea» es la fe que da vida. En el fondo, se trata del *fides quarens intellectum* de la famosa controversia. Es decir, para Unamuno «la fe es la prueba de la verdad de lo creído. Sólo la verdad puede imponerse con tal evidencia» (19). Esto excluye la aceptación cerebral de la verdad de la fe antes de que forme parte del hombre *(intellectus quarens fidem).*

Añadamos a lo de arriba que es bien claro que don Manuel quería adherirse al pueblo. Pero «¿qué hace la comunidad del pueblo sino la religión? ¿Qué les une por debajo de la historia, en el curso oscuro de sus humildes labores cotidianas? Los intereses no son más que la liga aparente de la aglomeración, el espíritu común lo da la reli-

---

(18) Véase Guillermo de Torre: «Historia de las literaturas de vanguardia» (Madrid, Ediciones Guadarrama, 1965), p. 673.

(19) «Diario Intimo», p. 63.

gión. La religión hace la patria y es la patria del espíritu» (20). Según este principio, don Manuel se unía al pueblo buscando religión y refugiándose en él de lo cerebral opuesto a ella. Los testimonios de esta índole se multiplican de la manera más obvia: «Si llego a creer, dice Unamuno, ¿para qué más prueba de la verdad de la fe?» (21), añadiendo luego una explicación que se aplica bien directamente a don Manuel: «La verdad de la fe se prueba por su existencia y sólo por ella» (22). Así, pues, don Manuel tiene fe. ¿Qué otras pruebas se han de buscar según Unamuno? Don Miguel gustaba repetir una frase del P. Faber: «La costumbre de creer debe llegar a ser más fuerte que la de apoyarse en el conocimiento» (23).

Y para no seguir repitiendo lo que me parece ya obvio, voy a citar otra frase del diario de Unamuno en la que da a entender lo consciente que era en cuanto a la manera como se formaron los evangelios y cuál ha de ser nuestro acercamiento a ellos a imitación de don Manuel en la novela: «El Evangelio es, en esencia, tradición oral; tradición oral fijada humanamente en un texto, cuyos primitivos códices son discutibles. Es el Verbo, la palabra y no la Ley, la escritura, quien encarnó entre los hombres.»

«Toda la vida cristiana de las generaciones se basa en una revelación divina oral fijada humanamente en escrituras, tradición y no en permanencia material. El espíritu vivifica, la letra mata» (24). Tal es la versión del evangelio que quiso revelar en San Manuel. En esta versión creía Unamuno. Nos debe por lo mismo servir de base para apreciar debidamente a *San Manuel Bueno, mártir.*—*ROSENDO DIAZ-PETERSON.* Foreing Languages and Literature Drake. University DES MOINES, Iowa 50311. U. S. A.

EL CUENTO «¡MALPOCADO!» (SOBRE TEMAS Y PERSONAJES EN LA OBRA DE RAMON DEL VALLE-INCLAN)

La bibliografía acerca de Valle-Inclán, modernista con un pie en la generación del 98, es abrumadora. Sin embargo, Ramón J. Sènder dice en su libro que es una lástima que el autor «no tenga todavía

(20) Ibid., p. 25.
(21) Ibid., p. 28.
(22) Ibid., p. 32.
(23) Ibid., p. 49.
(24) Ibid., pp. 91-92.